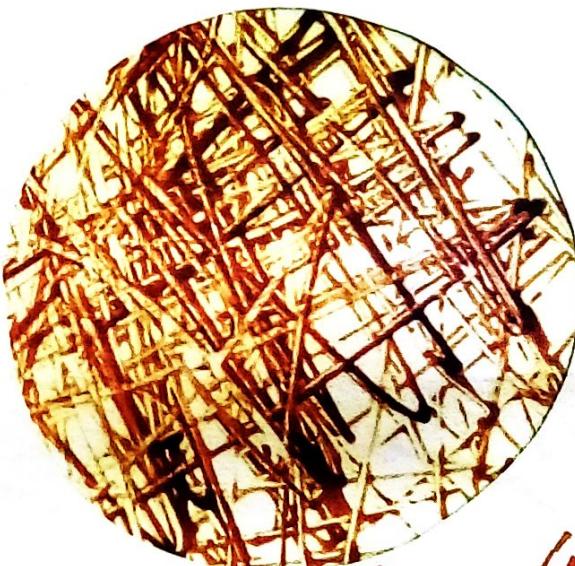




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



ZARZUELA
71

Cecilia de Marchi • Octavio Paz • HCF Mansilla • Harland Manchester • Informadera
Gaby Vallejo • Homero Carvalho • Francisco Trejo • Erick R. Vásquez • Violeta Rojo • Porfirio Díaz
Paulo Enriques • Néstor Sánchez • Ignacio Prudencio

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXV nº 643 Oruro, domingo 14 de enero de 2018





Hormigón Armado
Técnica pintórica sobre cartón 20 x 30
Erasmo Zarzuela

[El fin de un tiempo]

A mediados de los años ochenta, a mi hermano y a mí, mis padres nos regalaron un Atari. Lo usamos hasta que se dañó, que no fue tanto tiempo después. Como hicimos con todos los juguetes anteriores, decidimos desarmarlo para tratar de ajustar lo que se había dañado.

Cuando lo abrimos, un mundo nuevo se reveló, una puerta al misterio, el fin de un tiempo, el origen de la revolución: por primera vez no entendimos qué era eso que estaba en el interior de la consola. Líneas plateadas sobre una placa verde, nada pudimos entender del funcionamiento del aparato. Lo rearmamos, pero nos sobraron piezas. Al final usamos su vientre abierto para hacer una nave espacial en una caja de refrigerador y jugar a Star Wars.

De cierto modo, creo que hasta ahora seguimos jugando con esa caja.

Cecilia de Marchi Moyano. Poeta cochabambina.

Agradecimiento a Borges

En 1983, Roberto Alfano entrevistó al Premio Nobel de Literatura, Octavio Paz (Méjico, 1914-1998). Cuando le cupo hablar de Jorge Luis Borges, el escritor se expresó agradecido



Jorge Luis Borges

Octavio, usted dijo que gracias a Sur, descubrió también a Borges. ¿Qué fue lo que más lo asombró del autor de *Ficciones*?

En primer lugar su estilo. Ya desde esos artículos, Borges se manifestaba como un estilista del idioma castellano.

Lo primero que leí de él fue un trabajo sobre las inscripciones de los carros. En ese texto habla de las sentencias tontas, de las sentencias populares que se inscribían en los carros.

Recuerdo que se titulaba *Seneca en las orillas*. Pero, sin duda, el que más me impresionó fue uno que se titulaba *Nuestras imposibilidades*; ese trabajo era asombroso.

Inmediatamente me hizo pensar en las propias imposibilidades de los mexicanos. A partir de ese artículo de Borges nacieron mis escritos que después integrarían el libro *El laberinto de la soledad*.

¿Entonces, su despertar hacia la problemática mexicana, que usted analiza magistralmente desde su libro, se lo debe a Borges?

Sí, claro. Me di cuenta de que Argentina y México eran una suerte de polos opuestos de nuestra América. Y ese despertar, como usted dice, en cierto modo se lo debo a Borges.



Octavio Paz

el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 6276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlínea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

El sentimiento religioso en el mundo contemporáneo

H. C. F. Mansilla

Los progresos de las ciencias modernas, los triunfos de la tecnología y hasta los adelantos de las artes y la literatura han producido un mundo donde el ser humano experimenta un desamparo existencial que no sintió en las comunidades premodernas que le ofrecían, a pesar de todos sus innumerables inconvenientes, la solidaridad inmediata de la familia extendida, un sentimiento generalizado de pertenencia a un hogar y una experiencia de consuelo. Es decir: algo que daba sentido a su vida. Un sistema civilizatorio centrado sólo en el crecimiento material fomenta la soledad del individuo en medio de una actividad frenética y tiende a diluir las diferencias entre el saber objetivo y la convicción pasajera, entre el amor verdadero y el libertinaje hedonista.

En estas circunstancias cuando una auténtica religiosidad vuelve a cobrar relevancia. Puesto que no se puede vivir en una incertidumbre total y permanente, el ser humano debe dar sentido a su existencia dentro del cosmos. La religión ha sido hasta ahora el proyecto más amplio y efectivo para reducir el temor básico, precisamente porque es algo más que una ilusión y un auto-engao. Además de limitar el terror primigenio, la fe religiosa representa un ensayo más o menos consistente de dar sentido a los designios humanos. El fenómeno religioso trasciende la característica de un mero encandilamiento o un instrumento manipulativo de conciencias porque representa la necesidad y el anhelo de los mortales de comunicarse con lo infinito, de acercarse a lo absoluto, anhelo constitutivo de la naturaleza humana, que emerge desde lo más íntimo de la persona. Hasta pensadores nada afectos a conjecturas teológicas han admitido que las visiones religiosas son necesarias para sobrelevar la vasta contingencia del desarrollo humano, el carácter fundamentalmente aleatorio del mundo social. Frente a lo atroz que es la crónica de la historia humana, los hombres han buscado siempre una base que genere un mínimo de unidad y de sentido al río de los sucesos. El reconocimiento de lo sagrado fue el modelo primigenio de toda búsqueda de la verdad. No podemos prescindir totalmente de este impulso primordial de ordenamiento, reflexión y conocimiento, que está ligado a la religión.

Max Weber afirmó que sólo la religión brindaba "los últimos motivos reales" para la actuación humana y, por consiguiente, el elemento más importante para edificar la vida cotidiana. Es muy probable que la religiosidad haya conformado el principio de toda reflexión ética y de la construcción de nuestros códigos morales. Y para ello se requiere de algo más que meros cálculos estratégicos para sobrevivir y para prevalecer sobre el prójimo (como muchas teorías "realistas" conciben la moral de modo reduccionista e instrumentalista). Todo sistema ético requiere de una confianza básica que predomine entre la mayoría de los miembros de la sociedad, como aquella que proporcionan los nexos primarios entre padres e hijos, que son semejantes a los que se dan entre Dios y sus criaturas.

El genuino placer, y no el grosero de esta época, preserva el recuerdo del parafuso cantado en los textos sagrados. La verdadera felicidad y sus correlatos, las nociones de desamparo, aflicción y soledad, están, de alguna manera, vinculadas a la idea de una verdad ensfática, y esta, a su vez, a la concepción de Dios. Toda actividad política razonable contiene, así sea indirectamente, principios teológicos fundamentales, como ser el amor al prójimo, el respeto a los derechos del otro y la solidaridad de todo lo vivo frente a la muerte y la desgracia.

Es vano salvar un sentido del mundo y de la historia si se asevera, al mismo tiempo, que Dios no existe. La existencia contemporánea, de una actividad enfermiza y de éxitos materiales sin precedentes, es simultáneamente

humanas, sobre todo las reglas de comportamiento ético y las instituciones políticas, no exhiben la solidez de los instintos característicos del reino animal. Son inseguras y frágiles por una razón elemental. El disponer de conciencia impide al Hombre unirse y fundirse con la naturaleza. El poseer conciencia y el carácter incompleto del ser humano son dos aspectos complementarios de un mismo y único fenómeno, que genera angustia y desconsuelo, lo que subsiste hasta en nuestra época condicionada por la ciencia y la técnica. Al ponerse constantemente en cuestión, los mortales requieren de apoyos y ejemplos, y la religión fue durante un largísimo tiempo el principal de todos ellos. Hace falta hoy en día, como en cualquier época pasada, algún vínculo emotivo, obviamente relacionado

des creaciones culturales y científicas podrían ser descritas como un intento de huir de la contingencia fundamental que es cada biografía individual. Y la religión sería el esfuerzo de descargar y aliviar la conciencia para que el ser humano pueda soportar lo absurdo y pesado de la existencia y para que, encima de todo esto, no se rebale contra un orden socio-político que es casi siempre casual y al mismo tiempo injusto.

No todas estas doctrinas terminan en la desesperanza nihilista; algunas ofrecen soluciones estoicas y hasta heroicas, como la valentía de sentir miedo, el culto de la perplejidad, el disfrute de la duda y el soportar serenamente las contradicciones y las adversidades. En concordancia con el fundamentalismo postmoderno y neoliberal las creaciones más originales o las reflexiones más sublimes son rebajadas a la calidad de simples opiniones, que tienen que competir democráticamente contra otras meras ocurrencias en el mercado pluralista de las ideas por el favor de un público siempre esquivo, descontento y toradizo.

Al afirmar que el Hombre sería la criatura más elevada para el Hombre, los grandes racionalistas proclives al ateísmo (Karl Marx, Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud) endiosan al ser humano y lo exaltan a la esfera divina: un ídolo sediento de homenajes, al cual se le pueden sacrificar sin miramientos la naturaleza y el cosmos. El actionar humano pierde de esta manera la noción de límite y limitación: si es licito malgastar el medio ambiente para cualquier meta humana –porque son las más altas de la creación–, entonces también está permitido utilizar a los hombres para esos fines. Entonces en nombre de estos objetivos es deseable esclavizar a otros seres humanos con tal de lograr los propósitos definidos como intelectual y científicamente irrefutables.

La emancipación y secularización extremas –propugnadas por Marx, Nietzsche, Freud y sus escuelas sucesoras– han conducido a nuevos tipos de esclavitud, que tanto proliferaron durante el siglo XX en nombre de las doctrinas más progresistas. Y también pueden llevar a endiosar en tal grado la obra material del Hombre, que este, finalmente, llegue a adorar acríticamente los nuevos becerros de oro: los productos de un consumismo masivo, exentos de aspectos devenidos superfluos como el espíritu crítico, la emoción y el amor. Así diluye la noción de la inviolabilidad de los ámbitos naturales y de la privacidad humana, y la praxis social adquiere entonces un tinte luciferiano.

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
 Doctor en Filosofía.
 Académico de la Lengua.



en un contexto tedioso, donde la reflexión crítica es calificada de vana especulación y donde el individuo no halla sentido a sus múltiples esfuerzos y se refugia en las drogas, en el hedonismo vulgar, en el consumo irracional y en todas las supersticiones modernas, que van desde la astrología hasta el renacimiento de idolatrías. Como escribió George Steiner, comprender las obras de literatura y filosofía, exponerse a la magia de la música y del arte, encontrarse con el otro en estado de libertad y percibirse de las notables facultades del habla constituyen momentos donde se vislumbra la presencia de Dios, y en los que siempre queda un resto misterioso, que en cada nueva generación exige una renovada interpretación, la que, a su vez, estimula un nuevo acto creativo. Hay verdadera creación artística porque le precedió la Creación divina. En las obras verdaderamente grandes del arte y la literatura flota un halo divino: su inexplicable calidad estética.

La cultura tiene por tarea esencial brindar un entorno de estabilidad a la especie humana, lo que le ha permitido desplegar un notable potencial civilizatorio. Durante milenios el núcleo de la cultura ha sido la religión de cada comunidad. Poco a poco los mortales se dotaron de imágenes y normas constituidas al margen de la religión. Este proceso se aceleró en los últimos siglos con los avances de la ciencia y la técnica. Pero las invenciones

Berta van Suttner, precursora del Premio Nobel de la Paz

Harland Manchester refiere la historia de Berta von Suttner, la hermosa mujer que persuadió al gran fabricante de explosivos de que patrocinara la causa pacifista

Detrás del premio de la Paz asoma la figura austera y excentrica de Alfredo Nobel, que amasó una fortuna con los explosivos. Y, tras Nobel, se recata la imagen de una mujer hoy casi olvidada: la baronesa Berta von Suttner, quien por más de 20 años no dejó de incitar ardorosamente al duro magnate a que abrazara la causa pacifista, con lo que contribuyó a inspirar su magnífica fundación.

Cuando conoció a Nobel, Berta Kinsky (tal su nombre de soltera) era una condesita desilusionada y pobre que buscaba una colocación de secretaria. Hija de un mariscal de campo del ejército austriaco, no alcanzó a conocer a su padre porque él murió antes de que ella naciera, dejando la familia en malas condiciones pecuniaras. Berta creció en el ambiente irreal en que vivía entonces la aristocracia indigente de Viena; recibió una educación esmerada, aprendió idiomas y hasta escribió dramitas sentimentales. También estudió canto en París, pero al fin se agotaron los menguados fondos de la familia en el año 1873, y entró a servir en casa del barón van Suttner como institutriz de sus cuatro hijas.

Cierto día conoció a Arturo, el guapo hijo del barón. "Apenas entró en la habitación, me pareció que esta se iluminaba", escribió Berta más tarde.

Terminaron por enamorarse, mas la madre de Arturo se opuso al idilio, no solo por la falta de recursos de la institutriz, sino porque esta era siete años mayor que su hijo, que a la sazón tenía 26. Ante la insistencia de la baronesa, Berta renunció al empleo, y la dama, aliviada, le indicó amablemente un anuncio que había visto en la sección clasificada del diario matutino. Decía así: "Caballero rico y culto, de avanzada edad, residente en París; necesita secretaria y ama de llaves, también de edad madura, con conocimiento de idiomas..."

Berta contestó el aviso y tuvo una cordial respuesta de Alfredo Nobel. La baronesa le informó que era el inventor de la dinamita. Se convino en una entrevista en París.

La sorpresa fue mutua. Al llegar Berta, el "caballero de avanzada edad" que la saludó era un hombre como de unos 43 años, de aspecto sombrío, barba negra, modales amables aunque un poco encogidos. La dama de "edad madura" que él esperaba encontrar resultó ser una hermosa mujer de formas esculturales, facciones finas y grandes ojos negros, que de ningún modo aparentaba los 33 años que en realidad tenía.

Alfredo Nobel, ya rico y famoso, se había establecido en París en una lujosa mansión ricamente alhajada. Solterón empedernido, se rodeó de las mayores comodidades posibles: Contrató los servicios de un gran cocinero, aunque solamente podía gustar comidas sencillas, sin condimentos, porque los gases de la nitroglicerina le habían dañado el estómago. Compró caballos de pura sangre y un vistoso carroaje en el que daba solitarios paseos por el Bosque de Boulogne.

Frecuentaba una tertulia literaria y se apasionó, con una efusión melancólica, por la poesía, el drama y la filosofía.

Ceremonioso y cortés, Nobel hizo subir al coche a su condesa-secretaria para llevarla al departamento del hotel que le tenía reservado. Luego la invitó a almorzar. Descubrió que sabía escuchar con atención y hablar con ella de política, de arte, de la vida y del porvenir de la humanidad. Al día siguiente por la mañana, Berta ocupaba su puesto en el despacho de Nobel.

Los conocimientos de las industrias bélicas que Berta adquirió en su calidad de secretaria, le causaron profunda impresión. Los socios de Nobel se mantenían en íntimo contacto con todas las tendencias políticas del mundo y vendían explosivos imparcialmente a todos los bandos. Sin embargo, Nobel albergaba en su fuero interno las ideas humanitarias del siglo XIX; tenía fe ciega en el mejoramiento

de la humanidad por su propia virtud. Hacía donaciones generosas a institutos de caridad, de los cuales hablaba cínicamente, y le aseguraba a su secretaria que la única

esperanza que le quedaba al mundo era que la gente naciera con más talento. Entre el dictado intercalaba a veces ingenuos y sarcásticos comentarios.

Aunque la apasionaba su trabajo, Berta no podía olvidar a Arturo van Suttner. Él le escribía todos los días; las hermanas de él, muy a menudo, y le contaban que el joven vivía triste y taciturno. De pronto, mientras Nobel estaba en Estocolmo donde había ido a fundar una nueva fábrica de dinamita, Berta recibió una carta de Arturo que decía: "No puedo vivir sin ti".

Inmediatamente le escribió a Nobel dándole las gracias por sus bondades y pidiéndole disculpa por abandonarlo sin aviso previo; empeñó la única joya que poseía y compró pasaje en el próximo tren expreso para Viena.

Los enamorados se casaron a las pocas semanas en una iglesia parroquial, y se dirigieron a Mingrelia, minúsculo principado del Cáucaso que los rusos se habían anexado poco antes. La luna de miel les duró nueve años, pasados casi todos en alegre penuria. Arturo trabajaba de día como tenedor de libros en una fábrica de papel de empapelar. Entretanto, Berta enseñaba piano y canto a las hijas de los nobles.

En 1877, cuando Rusia le declaró la guerra a Turquía, todo el Cáucaso se convirtió en un campamento militar. Berta vio partir a los jóvenes para el frente, y regresar en trenes hospitalares. No se cansaba de consolar a las madres desoladas, y se dedicó a preparar vendajes y a otros trabajos afines. En su adolescencia, la guerra le había parecido una aventura remota de la cual regresaban los héroes cargados de medallas a bailar el vals en los grandes salones de Viena. Hoy la veía de un modo distinto: rodeada de suciedad y miseria. No perdonaba a los estudiantes ni a los generales que mandaban a esos hombres al matadero, y la asombraba su impotencia.

No obstante, la guerra abrió nuevas rutas a las múltiples habilidades de Arturo, quien se dio a la tarea de embrionar cuartillas para un periódico de Viena. Terminado el conflicto, siguió escribiendo entretenidas crónicas acerca de aquella región y sus habitantes, y casi sin darse cuenta se convirtió en escritor próspero.

Berta, que contemplaba esos triunfos con un poco de envidia, escribió en secreto un pequeño ensayo y se lo remitió a la Presse, de Viena, firmado con el seudónimo "B. Ouloo", adelantándose al prejuicio masculino. A vuelta de correo recibió una nientadora carta acompañada de un cheque por 20 florines.

En su destierro del Cáucaso, los esposos Suttner escribieron seis novelas y un buen número de artículos. En 1885 regresaron triunfantes a Viena. Los padres de Arturo los perdonaron y les ofrecieron un departamento permanente en el castillo donde una vez la institutriz se atrevió a poner los ojos en el joven barón.

Mientras tanto, Berta y Alfredo Nobel continuaban por carta sus conversaciones de París. Él celebraba mucho sus éxitos literarios. Cuando los esposos Suttner lo visitaron en esa ciudad, lo hallaron más viejo y más melancólico, pero igualmente obsequioso. Nobel les invitó a comer, les enseñó su laboratorio particular y les habló de sus experimentos. Además les introdujo en su círculo favorito de amigos literatos.

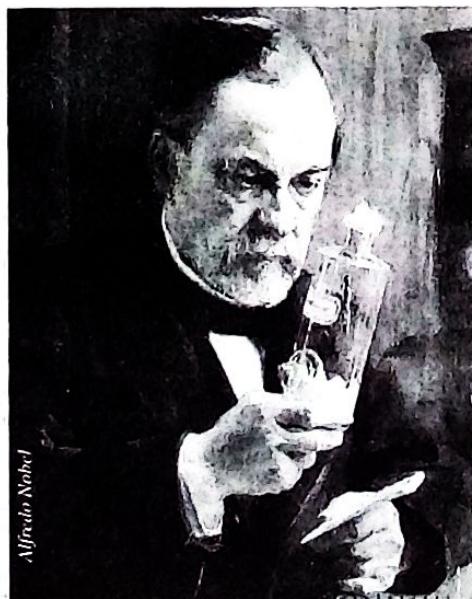
Se charlaba allí de Bismarck y de la posibilidad de una guerra, y a Berta le chocó la actitud frívola que todos adoptaban ante la muerte y el desastre. Por primera vez supo que existía un movimiento pacifista, la Asociación de Paz y Arbitraje de Londres, y prontamente ingresó en ella.

Nobel admiraba el idealismo de la baronesa, pero le divertía la vehemencia de su interlocutora y le advirtió que conocía un método mejor para acabar con la guerra. "Consistía en fabricar una sustancia, o una máquina de un poder destructor tan pavoroso, que el mismo terror inspirado por ella hiciera imposibles los conflictos armados". No obstante, poco a poco se fue interesando más y más en las ideas pacifistas de la baronesa, y contribuyó a la causa



Berta von Suttner

El 10 de diciembre de cada año se reúne en Oslo (Noruega) un grupo de distinguidos personajes internacionales para presenciar la adjudicación de uno de los honores más altos que se conceden en el mundo: el Premio Nobel de la Paz. El mismo día, en Estocolmo (Suecia), se otorgan los premios Nobel a quienes más se han distinguido en el terreno de la Paz, la Física, Química, Medicina, Literatura Y Economía. Desde 1901, se han entregado 809 premios nobel, de los cuales 35 han sido para mujeres quienes pasan a formar parte de una aristocracia dedicada al servicio de la humanidad.



Alfredo Nobel

Viene de la Pág. 4

con donativos; pero le advirtió que, más que dinero, le hacía falta un programa definido.

Estimulada por sus comentarios, la baronesa juzgó que el movimiento necesitaba de un libro que hiciera estremecer a las masas. Diose a investigar hechos de guerra, no de la guerra romántica que alcanza a llegar a los salones y a los palacios, sino de aquella que está llena de detalles atroces. Habló con cirujanos del ejército, leyó sus informes, conversó con comandantes capaces de contarle a una mujer de qué modo se contraen los cuerpos de los soldados acribillados por las balas, cómo se portan al morir y qué parecen y a qué huelen después de tres días.

De todo esto resultó una vigorosa novela, *¡Abajo las armas!* en que la autora vació toda su amargura y vehemencia.

El libro llenaba una necesidad, y tuvo un gran éxito popular. Recorrió todo el mundo en 12 idiomas y fue plagiado en Rusia. La baronesa von Suttner se hizo famosa. Tolstoi comparó su obra con *La cabaña del tío Tom*, y confió en que tuviera sobre la guerra el mismo efecto que la novela de Stowe había tenido sobre la esclavitud. No obstante, el tributo más valioso para la baronesa fue el que le rindió Nobel, quien ensalzó "la elevación de sus ideas" y predijo que con tales "armas" iría más lejos que con los novísimos cañones "y todos los demás inventos del infierno".

La baronesa aprovechó el entusiasmo del inventor y lo invitó a un congreso de paz en Berna. Nobel llegó de incógnito; no quería asistir a las reuniones, pero si quiso que le dieran un informe detallado de las actas. "Tenedme al corriente. Convendréme y haré algo grande en favor del movimiento", dijo.

A medida que decaya su salud Nobel se hacía más humana. "Estrecho sus dos manos, las manecitas de la hermana querida y afectuosa", le escribió a Berta en una carta. A fines de 1896 le decía: "Me encanta ver que el movimiento pacifista gana terreno". Tres semanas después murió, y el Año Nuevo trajo la noticia de la instauración de los Premios Nobel.

Cuando se otorgaron por primera vez, en 1901, Henri Dunant, ganador con Frédéric Passy, del de la Paz, le escribió así a la baronesa: "Este premio os lo debemos, ilustre señora, ya que por mediación vuestra Herr Nobel se interesó en el movimiento pacifista y por vuestra insinuación lo patrocinó".

Sería insensato pensar que el obstinado inventor millonario hubiese dispuesto de su fortuna cediendo únicamente a la porfía de la baronesa. Nobel pensó el plan cuidadosamente, lo consultó con muchas gentes capaces y destinó solamente parte de su donación al movimiento pacifista del particular interés de la baronesa. Sin embargo, fue ella quien descubrió en él desde el principio un áspero idealismo que deseaba expresarse en alguna forma, y supo encauzar ese sentimiento con seductora constancia.

No es, pues, de extrañar, que el 10 de diciembre de 1905, en el solemne acto que se celebró en Oslo, se acercara a la tribuna una mujer a recibir el Premio Nobel de la Paz: la baronesa Berta von Suttner.

Del: Reader's Digest – Sel. 1960



Glenn Gould el piano y una silla



Glenn nació en una familia muy musical. Su madre Florence era profesora de piano. Estando encinta de Glenn, tocaba muy a menudo piezas clásicas porque ella soñaba tener un hijo músico. Cuando Glenn nació, desde muy pronto, adoraba estar en el piano sobre las rodillas de su abuela. Pero nunca golpeaba las teclas con la palma de la mano como hacen la mayor parte de los niños. Glenn tocaba siempre con delicadeza sobre una tecla cada vez, mantenía el dedo apoyado mucho tiempo y escuchaba con atención hasta que el sonido se desvanecía. A partir de los tres años su madre comenzó a darle regularmente lecciones de piano. Glenn tenía un oído extraordinario. Aprendió a descifrar las notas antes que saber leer. A los cinco años compuso sus primeras canciones y declaró a su padre: yo seré concertista de piano.

La silla de Glenn Gould. No se sabe a ciencia cierta cuándo comenzó a usar la silla. Formaba parte de los muebles de la casa. Bert, el padre de Glenn, recordó las patas, porque tenía 8 años. Glenn era entonces alumno de Alberto Guerrero, el célebre pianista y director de orquesta chileno. Éste había pensado para Glenn un sistema complicado de ejercicios de dedos y le presionaba continuamente la espalda hacia abajo cuando tocaba. Glenn resistía la presión pero el profesor era más fuerte. Más tarde Glenn se colgaba prácticamente del teclado, era la consecuencia de los métodos de Guerrero. Hacía falta para ello una silla baja para que el teclado estuviera a la altura de los ojos. Glenn comenzó a llevarse la silla a todos lados, salas de concierto, estudios de grabación hasta hacerse inseparable de ella. Para Glenn era importante tocar sobre esta silla y se hizo totalmente dependiente de ella. Conocía todos sus parámetros técnicos. Gracias a los 8 cm que Bert le había cortado, Glenn podía tocar a la altura que más le convenía. Gracias a la silla mantenía una relación muy particular con su instrumento, podía sentarse muy cerca del piano, los ojos a la altura de las teclas. Gracias a ello obtenía esa sonoridad tan característica. Glenn no comprendía a los pianistas que se encontraban con su taburete sólo momentos antes del concierto. Existen multitud de anécdotas sobre la silla, muchas de ellas falsas. Lo que es cierto es que Glenn sufría de la espalda y su gran respaldo y su asiento duro era justamente lo que necesitaba. Sobre un taburete de piano normal se habría destrozado la espalda. Sin embargo en pleno éxtasis musical Glenn se desplazaba sobre el borde del asiento. La silla se convirtió en un objeto de culto y gracias a ella se acordaba de su infancia, una infancia feliz en Toronto (Canadá). Gracias a ella no se sentía solo porque siempre había un miembro de la familia cerca de él. Actualmente se conserva en la Biblioteca Nacional de Canadá en el mismo estado de deterioro en que la dejó su dueño. Como es sabido Glenn Gould ha sido uno de los pianistas más importantes del siglo XX sobre todo por sus virtuosas grabaciones de las obras para teclado de Johann Sebastian Bach. Abandonó los escenarios en su momento de gloria para dedicarse a grabar. En su vida personal fue un excéntrico encantador y genial. Murió súbitamente de un ataque de apoplejía en 1982 a los 50 años, en la fecha que él mismo había predicho con antelación.

Tomado de: s/a infomadera.net

"De toros y rosas" de Gaby Vallejo

- ✓ Ha habido una organizada discriminación de la mujer por muchos siglos atrás.
- ✓ Los libros han sido instrumentos efectivos para canalizar pensamientos de discriminación, introyectarlos y convertirlos en verdades.
- ✓ La persistencia del mismo o similar pensamiento discriminatorio –generaciones y generaciones– ha convertido las mentiras en verdades. Goebels, el temible asistente de Hitler, lo señaló: "Decir muchas veces lo mismo, hace una verdad, no importa que sea una mentira".
- ✓ Han estado implicadas en esta discriminación de la mujer, desde la familia, la iglesia, la escuela, hasta la sociedad toda. Fue en bloque, una atmósfera general que cercaba a todas las mujeres.
- ✓ Se han manejado mentiras, falacias, crueza, alrededor de la mujer, impidiendo el natural desarrollo de su inteligencia y personalidad.
- ✓ El movimiento en favor de la mujer, igualdad de derechos y oportunidades, es reciente. Si bien, tenemos antecedentes de diverso tipo, es a partir de 1960, que se convierte en un movimiento significativo, además de irreversible.
- ✓ Las canciones de cuna, los libros de texto escolar, la literatura infantil suelen ser todavía, espacios propicios para la permanencia de ideas discriminatorias, bajo la forma de inocencia e incontaminación.
- ✓ Los libros son eficaces instrumentos de transmisión ideológica.
- ✓ Se puede manejar el pensamiento de los niños a través de los contenidos de los libros, desde la escuela y el hogar.
- ✓ Se puede y se ha manejado por mucho tiempo un pensamiento sexuado tanto en manuales de lectura destinados sólo a mujeres o sólo a varones.
- ✓ Este pensamiento complejo se transfería a todos los comportamientos diarios de los varones y las mujeres y mantenía los roles fijos para cada sexo.

A partir de lo expuesto es que se puede lograr un cambio eficaz, progresivo, gradual, en el comportamiento de los futuros hombres y mujeres de la sociedad del futuro, con libros que lleven a un mundo más justo y equilibrado, donde las ocupaciones no sean distribuidas por sexo sino por capacidad y donde se respeten y toleren las diferencias...

Libros que vayan a las casas, a las escuelas, a las iglesias, a las bibliotecas, a las agrupaciones de barrios populares, a la televisión, al cine, a la computadora, al internet.

No se necesita, para este cambio, tanto tiempo como duró la dominación de aquel sistema de pensamientos injustos y estereotipados.

"*De toros y rosas - Imágenes del sexism en los libros para niños*" quiere ser un aporte en ese sentido. Quiere ser un libro clarificador y estimulante para mujeres y hombres. Muchos de los hombres de hoy todavía son tan víctimas como muchas mujeres, de aquel manejo ideológico que duró siglos y del que es difícil despojarse.

Por el derecho que tenemos todos de ser mejores, más equitativos, podremos lograr hombres y mujeres juntos, la mayor revolución de la historia en la humanidad, sin una sola gota de sangre.



Existen muchas definiciones sobre el cuento y todavía existirán muchas más. Sin embargo, ni los cuentistas ni los críticos, menos los teóricos del cuento, dudan de su naturaleza insular y de su origen matemático, pues

“Antología iberoamericana de mi-

al llevar la cuenta de algo (cuento viene del latín *computus*) se debe cuidar una rigurosidad lógica porque de lo contrario los resultados no cuadran. Una de las definiciones más precisas es la de Jorge Luis Borges (*Magister dixit*) que nunca escribió una novela y, para deleite nuestro, nos dejó inolvidables ejemplos de cuentos. El autor de “Sur” dice: “*El cuento debe ser escrito de un modo que el lector es-*

sino algo inevitable. Si puede ser asombroso e inevitable, mejor”. A esto le agregamos que un buen cuento, si breve dos veces bueno, es un poema.

Los que saben informan que el origen de los cuentos brevísimos se remonta al Japón o a la China, deducción a la que han llegado amparados en la ancestral técnica literaria minimalista de estas culturas. Recordemos los haikus japoneses o el popular poema chino que cuenta una pequeña historia en cuatro versos, en los que el primer verso contiene el motivo inicial, el segundo prolonga el mismo; el tercero aparentemente no tiene nada que ver con los anteriores e introduce uno nuevo que con el cuarto completa o cierra la historia. Para muestra transcribo una tradicional copla japonesa escrita bajo esta norma poética, citado por Paúl Reps en “101 historias Zen”:

Un mercante en sedas, de Kyoto tiene dos hijas. / La mayor, veinte años; la menor dieciocho. / Un guerrero puede matar con su espada / Pero esas dos niñas matan con sus ojos.

Si el poema se lee de corrido tendremos una pequeña historia en prosa poética que se ajusta a los cánones del cuento corto. Veamos: “*Un mercante en sedas, de Kyoto tiene dos hijas. La mayor, veinte años; la menor dieciocho. Un guerrero puede matar con su espada. Pero esas dos niñas matan con sus ojos.*” Edmundo Valadés, escritor mexicano y fundador de la inolvidable revista “El cuento”, quien publicó microcuentos por más de un cuarto de siglo, cita a Laurián Puerta, un escritor colombiano, que en la revista “Zona” de Barranquilla, Colombia, publicó un curioso “Manifiesto” y entre cosas señala: “*Concebido entre un híbrido, un cruce entre el relato y el poema, el minicuento ha ido formando su propia estructura. Apoyándose en pistas certeras se ha ido despojando de las expansiones, las catáisis, creando su propia unidad lógica, amenazada continuamente por lo insólito que lleva guardado en su seno. La economía del lenguaje es su principal recurso, que revela la sorpresa o el asombro. Su estructura se parece a la del poema. (...) Narrado en lenguaje poético siempre tiene un final de puñalada. Es como pisarle la cola a un alacrán para conocer su exacta dimensión (...) El cuento clásico ha sido domesticado, convertido en una sucesión de palabras sin encantamientos. El minicuento está llamado a liberar a las palabras de toda atadura. Y a devolverle su poder mágico, ese poder de escandalizarnos (...) Dilarriamente hay que estar inventándolo. No posee fórmulas o reglas y por eso permanece salvaje o indomable. No se deja dominar ni encasillar y por eso tiende su puente hacia la poesía cuando le intentan aplicar normas académicas*”.

Otra interesante definición y relación de escritores que practican este, casi desconocido, género de la ficción hiperbreve le pertenece al académico Juan Armando Epple, quien en su ensayo “Brevíssima relación sobre el cuento brevíssimo” apunta: “*Lo que ha dado en llamarse “cuento brevíssimo”, “micro-cuento” o “mini-cuento” no es simplemente una afición secundaria, apta para la nota humorística, el ingenio verbal o la relación anecdótica, si bien muchos de sus cultores aficionados no superan estos niveles*”.

Así tenemos a escritores de reconocido talento como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Hernán Lavín Cerdá, Augusto Monterroso, Manuel Mejía Vallejo, Eliseo Diego, Marta Cerdá Cristina Peri Rossi, Eduardo Galeano, Luisa Valenzuela, Alfonso Alcalde, Alfredo Armas Alfonzo, Enrique Anderson-Imbert, Juan José Arreola, René Avilés Fabila, Marco Denevi, Andrés Gallardo y otros, nos han mostrado múltiples formas del microcuento.

Irene Zahava, citada por Lauro Zábalá, en su ensayo “El cuento ultracorto: hacia un nuevo canon Literario”, afirma que los cuentos muy cortos: “*son las historias que alguien puede relatar en lo que sobre apresuradamente una taza de café, en lo que dura una moneda en una cajita telefónica, o en el espacio que alguien tiene al escribir una tarjeta postal desde un lugar remoto y con muchas cosas por contar*”.

El minicuento contemporáneo echa mano de todo lo que puede. Aprovecha las leyendas, los mitos, los clásicos de la literatura, del teatro, del cine, la religión, todo le sirve para comprometer al lector en una lectura intertextual, en la que están presentes la parodia, el aforismo, la fábula, la parábola, el epítasio y, por supuesto, el poema. Incluso el título es parte substancial del texto, llegando a redondear la historia contada. En el minicuento no interesa tanto lo que se escribe como lo que no se escribe, importa mucho más lo que se deja de decir, lo que se sugiere, porque allí está el verdadero universo narrativo. Me gusta esta pulcra definición de Luis Mateo Díez: “*El microrrelato es un género extremo que se resuelve en la sugerencia: lo poco, en su medida exacta, abre como una llave diminuta un mundo, convuelve, perturba, sorprende*”.

Nuevamente cito a Lauro Závala para reforzar la anterior aseveración: “*La fuerza de evocación que tienen los minitextos está li-*

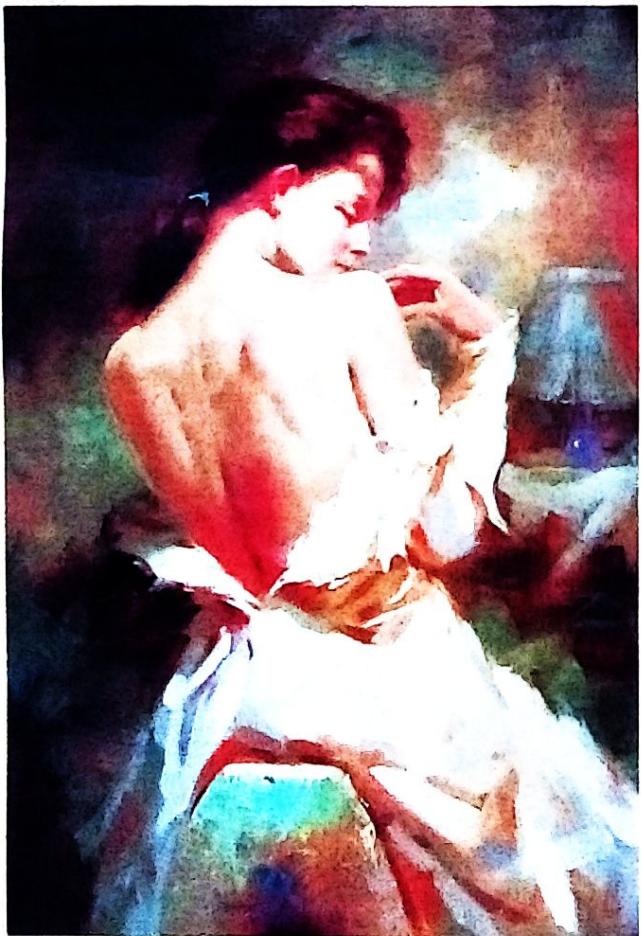
Violeta Rojo (Venezuela)

ERNANI

Tres hombres están enamorados de una mujer. Uno es un rey, los otros son nobles. Ella ama a uno.

Los otros dos presionan para ser escogidos. Ella siempre está vestida de novia, a punto de casarse con alguno de ellos. Cada vez que la ceremonia es inminente, los otros dos la impiden. En algún momento ella canta con un puñal en la mano.

Carlos V es llamado Carromagno. Hay un cuerno de marfil. Cuando suena, su amo debe morir. No se entiende nada. Todo es tan insondable como la vida.



pere algo continuamente, que haya expectativa, que se resuelva luego de un modo que pueda ser asombroso, en todo caso, que pueda parecer extraño y nunca capricho del autor,

CERO A LA IZQUIERDA

Finalmente, en la última clase de sus estu...
Había sido maltratado por sentarse siempre a vales nada”, le gritaban, burlándose de él. Estaba detenido y ligeramente se dirigió a la izquierda. Sentarse a la derecha de Cero sería un lujo.

“microcuento” de Homero Carvalho

gada a su naturaleza propiamente artística, apoyada a su vez en dos elementos esenciales: la ambigüedad semántica y la intertextualidad literaria o extraliteraria.”

Es necesario aclarar que si bien el cuento mínimo juega magistralmente con el humor, con la ironía y el sarcasmo, existe una marcada diferencia con el chiste corriente y la distinción estriba en la factura del trabajo, cercano a un epígrama, a una episifa, a un haiku, no hay cómo equivocarse cuando estamos frente a una pequeña historia, de un cuento litúpense.

El poeta chileno Eduardo Llanos Melusina define estos rasgos de la siguiente manera: “1) Los mejores microcuentos abren una suerte de pasadizo inesperado entre los compartimentos estancos de planos discontinuos, borrande de una plumada los límites entre realidad y sueño, vida y muerte, el yo y el otro, este mundo y el más allá, nuestra vida actual y otras posibles (previas, futuras o paralelas). 2) Muchas minificiones son tan fronterizas, que uno se pregunta en qué difieren de un apólogo, de una fábula, de una anécdota o un chascarrillo e incluso de un poema, un aforismo o un refrán. Varios textos de esta índole tienen un aire irónico y hasta insinúan ciertas moralejas. En suma, si por una parte estos microrrelatos desbaratan las visiones compartimentalizadas, por otro lado –y de modo correlativo– borran las fronteras habituales entre los diversos géneros.”

Llanos complementa su idea: “Alguna vez Cortázar calificó al cuento como hermano secreto de la poesía. Pues bien, la consanguinidad entre poema y microcuento es tal, que ambos parecen más bien hermanos siameses. Por otro lado, de ser correcta aquella otra fórmula de Cortázar, según la cual una novela la gana por puntos, mientras que un cuento lo hace por knock out, podríamos agregar que el microcuento vence mediante acupuntura verbal. Y eso es algo que un lector no sólo desea: también lo necesita.”

María Isabel Larrea en “Estrategias lectoras en el microcuento”, de manera clara y concisa dice: “La brevedad entendida como signo definitorio del microcuento incide en las estrategias del emisor, cuya opción estética es el montaje fragmentario y la disgregación de la unidad narrativa. La recepción de la brevedad y del fragmentarismo impone la



cionado los que cumplen con estos requisitos y que en sus contenidos cuiden también de la necesaria calidad narrativa.

Esta selección era una asignatura pendiente para mí, que he realizado varias antologías nacionales de cuento y de poesía, un día de octubre decidí convocar a escritores de Iberoamérica que yo conocía, ya sea personalmente o a través de las redes sociales que se han convertido en lugares de encuentros. Esta selección, que reúne a algunos de los mejores escritores contemporáneos de microcuentos de Iberoamérica, fue posible gracias a la amistad. Todos los invitados aceptaron y muchos de ellos me aconsejaron incluir a otros, me pasaron sus contactos, me enviaron generosamente sus antologías nacionales, como fue el caso de la generosa Violeta Rojo, o como María Palitachi, que me envió los textos que ya tenía de autores de la República Dominicana; Patricia Nasello, de Argentina, reunió a seis narradores; Teresa Domingo Catálá, a otros tantos de España; Francisco Trejo, de México, me contactó con varios escritores de su país y Dennis Ávila, de Honduras, hizo lo propio con el suyo. A todos ellos mi más sincero agradecimiento; esta recopilación también es de ellos.

En esta muestra se encuentran escritores consagrados, con muchas publicaciones, y premios nacionales e internacionales (como se puede constatar en sus breves biografías), así como jóvenes que inician su recorrido por lo que Carmen Camacho, poeta y narradora española, llama “Minucias titánicas”.

La cotidianidad, la fantasía, el humor negro, lo absurdo, lo perturbador, lo histórico, lo religioso, lo asombroso, lo fantástico... no hay límite para este género que ha cobrado su independencia y ha ganado carta de ciudadanía literaria entre los escritores de Iberoamérica y del mundo.

De acuerdo a los contactos y a los envíos que me hicieron, he logrado reunir a 82 autores de 17 países, algunos países tienen más autores que otros; sin embargo, esto fue simplemente una cuestión del azar, que es otorgado a los nombres de la Divinidad y la amistad.

Homero Carvalho Oliva.
Santa Ana de Yacuma, Beni, 1957.
Poeta, novelista y cuentista.

Erick Rony Vásquez Guevara (Perú)

studios profesionales, Cero tomó una decisión, a la derecha de sus nueve compañeros. “No Esa mañana, decidido, Cero entró al aula. Se la. Las burlas coridanas fueron paralizadas,

relectura, la recomposición y la búsqueda de la totalidad. El destino del lector es ir completando, casi lúdicamente, los vacíos; interpretar desde los intersticios, comprender en la densidad, en los silencios, en la síntesis, en las sugerencias, en la esmerada selección del vocabulario, el cierre que se completa en la interpretación”.

En las antologías de este subgénero ya es un lugar común afirmar que el siglo XXI ha sido el de la canonización del microrrelato, microcuento, cuento súbito, ficción mínima, microficción, flash fiction o nanocuento. Estoy consciente de que existen expertos que han teorizado al respecto de los nombres y definiciones de estos textos hiperbreves y hacen diferencias formales entre una y otra categoría; sin embargo, en esta obra hay de todo un poco, como en mercado persa, porque muchos de los que los escribimos pasamos de una categoría a otra, a veces, sin darnos cuenta, tal como un

fantasma atraviesa la pared.

Para esta selección me he valido del criterio de nuestra amiga Violeta Rojo que afirma: “debemos tener claro que el minicuento no es simplemente un tipo de cuento breve sino que es un cuento muy breve que se interrelaciona paródicamente y humorísticamente con otros géneros y que utiliza estas interrelaciones genéricas como estrategias narrativas. Estas características lo desvinculan de la narrativa simplemente muy breve y se dan solamente en los minicuentos de este siglo, especialmente de los '20 hacia adelante. (...) consideramos al minicuento (microcuento) como una narración breve (no suele tener más de una página impresa)”; Lauro Zavala coincide: “La minificación es la narrativa que cabe en el espacio de una página. A partir de esta sencilla definición encontramos numerosas variantes, diversos nombres y múltiples razones para que sea tan breve”, por eso mismo he selec-

“El estudiante enfermo” – el sexo en la universidad

Oliverio Estrada no es una creación en este ambiente doloroso de “*El estudiante enfermo*”. Representa el tipo de ansiedad espiritual que ha producido la guerra del Chaco. Es un personaje real en un país nuevo. Indeciso, por razón de la tara contraída en la trinchera –en veces perezoso, porque está dibujado con realidad– es el hombre que resiste el avasallamiento de la sociedad burguesa y que trabaja por el futuro con una convicción sencilla pero fuerte.

Es un constructor rebelde. Su papel corresponde al ente poderoso que resume el espíritu de la lucha. Es el espíritu mismo en la cinta de la rebelión.

Acaso le haya sido posible verificar esa sabia experiencia humana del amor tan sólo a él –al modo del investigador que inyecta solución en el consejo de Indias– con materia sujeta a la observación pertinaz y torpe del prejuicio. Cuando Oliverio Estrada obsequia una mujer al masturbador Romero, lo hace por un modo altruista que no encaja en la moral burguesa que califica de distinta manera al hombre que así procede.

Cuando Oliverio Estrada sabe que su hija ha sido seducida por una razón –cuya filosofía no depende sino de la Naturaleza y se alegra de ello–, lanza un reto al prejuicio de la familia actual. Él no desconoce a Luisa, al contrario, la comprende con el inmenso fervor de contemplar la obra de su espíritu.

Oliverio Estrada es el hombre nuevo que necesita la sociedad que aspira a su mejoramiento. Es el tipo de revolucionario consciente, cuya misión no se detiene en la predica, sino que va más allá con el ejemplo de la acción. De ahí que su vida –como una ecuación difícil y fría, se resuelva en un producto de soledad grandiosa, aunque triste y obstinada.

Oliverio Estrada es el hombre que sacrifica su espíritu por el resto de los hombres.

Es un ser insustituible en el complejo revolucionario de nuestra época. Solamente un hombre así puede mover una maquinaria que triture el mundo viejo.

Su empuje y su sacrificio se alzan frente a los actores educativos del sexo, en el ambiente íntimo del hogar y en el medio incomprendible de nuestras universidades americanas.

“*El estudiante enfermo*”, al determinar la tragedia sexual de Julian Romero, encarna la historia vivida de una inmensa mayoría de alumnos universitarios y enfoca, a su vez, el dibujo exacto, corriido, de la Universidad actual, cuyo adelanto no ha alcanzado aun el horizonte ideal de la vida contemporánea. Por eso es que Oliverio Estrada cree que los procedimientos educativos deben ser absolutamente revolucionarios.

II

Esta novela no corresponde al molde establecido de las que alcanzan la consagración de los misticos literarios, acostumbrados a un reparto y una extensión conocidos y siempre esperados. No busca el favor de la crítica pagada porque su autor comprende de que ya nada nuevo le queda por decir al hombre en el sentido del arte y de la vida. El



Prólogo a la obra por su autor, el escritor, periodista, biógrafo e historiador Porfirio Díaz Machicao (La Paz, 1909-1981). “El estudiante enfermo” (1939) es una de sus novelas más difundidas. La obra aborda la problemática de la educación sexual en las escuelas y universidades bolivianas tras el fin de la Guerra del Chaco (1932-1935)

escritor no es jamás un “original”. Apenas si su misión es traducir lo que se verifica en el mundo. El mismo Oliverio Estrada lo dice: “Sería honrado y amante, porque yo –al contrario de los otros– no mastaría al mundo las piernas de mi mujer y de mi hija. No haría desnudos para el sadismo de la bestia sexual. Haría figuras iluminadas para la santidad de la adoración. Nosotros, los hombres, amamos nuestra flaca carne de amor y la defendemos y engrandecemos con nuestro corazón. Y encontramos después

millones de ojos proletarios que ayudan a amar nuestra obra. Nosotros no enseñamos al mundo cataratas de semen envilecido por el champán. No pintamos vientres esterilizados por el vicio, sino vientres con dolores de fecundidad, vientres pardores de hombres que sufren y esperan una justicia que impondremos un día. Nuestra procreación es triste, pero es sagrada...”. Los hombres no inventan hoy ideas. Todas están ya inventadas. El escritor traduce la mentalidad colectiva. Esa es su única labor.

Por oposición –necesidad apremiante del claroscuro– ha recurrido a otros materiales humanos, tales como la Plenitud, el Vicio y la Resignación, confundiéndolos y amalgamándolos todos en un primer plano de importancia.

III

Esta novela no está destinada a enriquecer el acervo literario de ningún país, porque precisamente es pobre y sencilla como la vida del hombre proletario. Su autor –como miles de camaradas del mundo– es anónimo y explotado, calumniado y perseguido. Sus compatriotas le negarían “con mucho gusto” su pesebre geográfico a fin de aislarlo de su menguada civilización y cultura.

Pero, en cambio, está destinada a penetrar en el corazón de todos los estudiantes y profesores que enseñan en América desde el canal de Panamá hasta la lengua helada de la Patagonia.

La Universidad donde enseña Oliverio Estrada existe en todas partes.

EL ESTUDIANTE ENFERMO

Capítulo I

Ayer pasó la guerra. ¿Y qué? Casi nada. Lo peor de todo eso es que aún quedan hombres. Si todos se hubiesen concluido como los granos de trigo que se roban las palomas, sería otra cosa.

Pero esta existencia absurda de hombres, siempre supone un problema que es necesario resolver del mejor modo posible.

El hombre es una responsabilidad para el hombre. Precisamente porque su presencia infecta el mundo y llena la tierra de inquietudes, zozobras e interrogaciones.

Ayer pasó la guerra y todavía hay hombres –piensa Oliverio Estrada. Está perplejo. Toda esa supervivencia que lo rodea se le antoja una simple alucinación enfermiza y grotesca.

–Aún vivimos. Aún somos... Y seremos...

El quisiera volver la cabeza para reconstruir el absurdo de los días transcurridos. Pero no se anima. ¿Para qué? Atrás quedan los muertos como un lastre de la conciencia, formando un bosque humano de árboles tronchados y podridos. Sólamente las lágrimas alcanzan los horizontes nuevos. Esto es lo terrible. La lágrima es siempre la lluvia que secunda la esperanza. Una siente rabia. Y quisiera olvidarlo todo, todo; si dan ganas de procurarse amnesias profundas e incurables.

Y no sentir, y no saber, ni recordar... Pero la vida está hecha de cosas ausentes: los que murieron y los que vendrán son, por igual, dos pesadumbres de ausencia. Al recordar y al esperar se ansian objetos que no están en uno.

Oliverio Estrada evidencia que aún existen hombres después de una guerra y se siente molestado, incómodo, insatisfecho.

–Pero es que aún nos quedan deberes por cumplir? ¿Y podremos verificarlos en plenitud de espíritu y de obra? Creí que habíamos muerto definitivamente. Pero no es cierto. Nos queda una madre. Una hermana. Unos hijos. Unos amigos. Todos estos seres

Pasa a la Pág. 9

Viene de la Pág. 8

imponen deberes que cumplir: entrega de carño, entrega de amor, entrega de pan, de dinero y de vestido.

-Los que tuvimos la mala suerte de volver del frente... tenemos unas tremendas ganas de morir hoy mismo.

Es que la guerra ha deshecho el espíritu de los hombres y algo se ha quebrado en el interior de ellos: la esperanza en el optimismo, la mujer en el amor.

¡Y aún quedan deberes por cumplir? ¡Qué carga más pesada!

-Si tú, hombre, escudriñas las pupilas de tu camarada, encontrarás una sombra trágica de cansancio y una luz crepuscular que se hunde en su alma. Parece como si todos necesitaran de una cama de hospital. En todos se advierte un deseo de vivir tendidos, de brúces, con los ojos pegados a la almohada o al suelo, con la frente sucia de tierra, ardiente y pesada, cercana a un lúgido delirio negativo.

Como las casus viejas los hombres están desmoronados.

Yú no vienen las golondrinas a los aleros.
Un dñ...

Un día la sangre de la guerra hizo fructificar la pereza.

Hoy los hombres, camaradas, son un absurdo. Y existen deberes por cumplir.

¿Quién trabaja ahora? ¿Quién desea trabajar? Nadie. Nadie.

En vano se habla de la crisis del trabajo.

Nadie quiere ni puede trabajar.

La pereza encadena a los hombres, los inmoviliza, los imposibilita.

¿Quién dijo que esta muchachada de las trincheras iba a forjar una revolución a su regreso? ¿Dónde está esa revolución? Mentira.

Todo está en agonía. Sin embargo hay quienes sonríen de la neurosis de la guerra. Y esa neurosis existe.

Los muchachos salen a la calle, se encuentran en el bar, beben, se embriagan. Hablan de la revolución, protestan, aúllan. Gritan la rebelión temerariamente.



Pero ninguno alza su cuerpo ni sus brazos. Sencillamente tienen pereza.

Y la pereza es como una moneda de Dios que procura la comodidad, el ensueño y la contemplación.

Y existen deberes por cumplir.

Pero nadie los cumple.

¿Que la madre tiene hambre? Pues que muera con su hambre.

¿Que los hijos quieren pan? Pues que lo coman si lo consiguen.

¿Que la hermana necesita trapo para disimular su desnudez? Que lo busque en las encrucijadas del amor.

Ellos no levantan las manos ni se mueven.

Entonces fructifica el mal. Mendigos, prostitutas, mujeres y niños como perros flacos.

Y sobre sus cabezas ciñen las coronas de la sífilis y la tuberculosis.

Los perezosos contemplan el paisaje y lloran.

Entonces, ¿quién ha de hacer la Revolución? El horizonte se llena de puntos suspensivos.

Quedan deberes por cumplir. Quedan hombres.

Oliverio Estrada, a paso lento, practica el codo de una esquina.

El recuerdo lo amarra a su cruz. Lola, su mujer, no tiene un traje bonito. Por esa circunstancia no sale a la calle. Luchita, su hija, igual.

Son dos pesadumbres unidas a su pereza. ¡Trabajo! ¡Trabajo!

La gran palabra hace reino en sus tímpanos y se aplasta en su corazón.

Trabajar... Es el verbo de la humana prosapia y del humano orgullo. Con esta sola palabra podría decretarse la felicidad del mundo.

-Yo quiero trabajar... Pero, en realidad, ¿en qué voy a trabajar? Apenas si yo, en mi vida, he escrito un par de novelas...

Oliverio Estrada desvanece la energía del intento y se envuelve en la tibiaza opaca de su melancolía.

-Trabajar...

Nada decide.

-¿Trabajo para mí? ¿Y dónde hallarlo?

Mientras tanto, en el lienzo iluminado de la imaginación, Lola y Luchita patentizan una escena de hambre. Como Chaplin en la Danza de los Panes...

Y él está ausente, sin fuerzas, sin energía, tal si continuase en la modorra de las zanjas del frente...

La generalización de los fenómenos colectivos se expresa por el porcentaje. La experiencia fija sus tipos cuantitativos dentro de los cuales la personalidad individual desaparece.

No es pues Oliverio Estrada el único perezoso que ha creado la guerra. Él integra la generalización del fenómeno. Una actitud colectiva -la guerra- ha creado un mal colectivo: la pereza.

Pertenece a su legión del mismo modo que otros a la suya: locura, inhabilidad, hambre...

Pues entonces buscad la culpa. ¡A ver si esa culpa proporciona el perdón!

Y ese perdón... ¡Ah, no, ese perdón afloja aun más el resorte de la energía!

Nadie debe perdonar.

Conflictos: ¿tendrá que volver la coerción sobre los hombres, es decir el látigo sobre las espaldas?

-¡A trabajar, carajos, a trabajar! -sangrarán las espaldas y los flojos llorarán por tener que activar sus músculos.

Pero ellos no dirán: "Determinad la culpa".

Porque la culpa es el error que engendra un encadenamiento de errores.

-¡Un día nos llevaron los muy perros a la trinchera! Y de ahí volvimos con la voluntad despedazada. Y ya no parece el culpable ante nuestros ojos, porque el culpable hoy es Presidente de la República o Ministro o Dipomático...

Y mañana. ¿No lo sabes, Oliverio? Dictará el Gobierno la Ley del Trabajo Obligatorio.

-¡Ja, ja, ja! ¡Qué gana immense para reír! -me río estruendosamente... Una ley contraaria nos habría salvado.

Oliverio Estrada medita.

El hombre que no trabaja es un degenerado. ¿Su destino? El hambre. Y el hambre de los suyos.

Oliverio: ¡Lola y Luchita!..

El hombre que no trabaja envilece la vida.

Oliverio: ¡Lola y Luchita con sífilis en un lazareto!

Cuando tú las beses se les caerán los labios sobre la tierra emporeada.

El hombre que no trabaja ha triturado su voluntad en la negación canalla.

Oliverio: ¡Tú mujer con un amante, tu hija con un amante! ¡Con diez, con cien!..

-¡Maravillosa Ley del Trabajo Obligatorio!

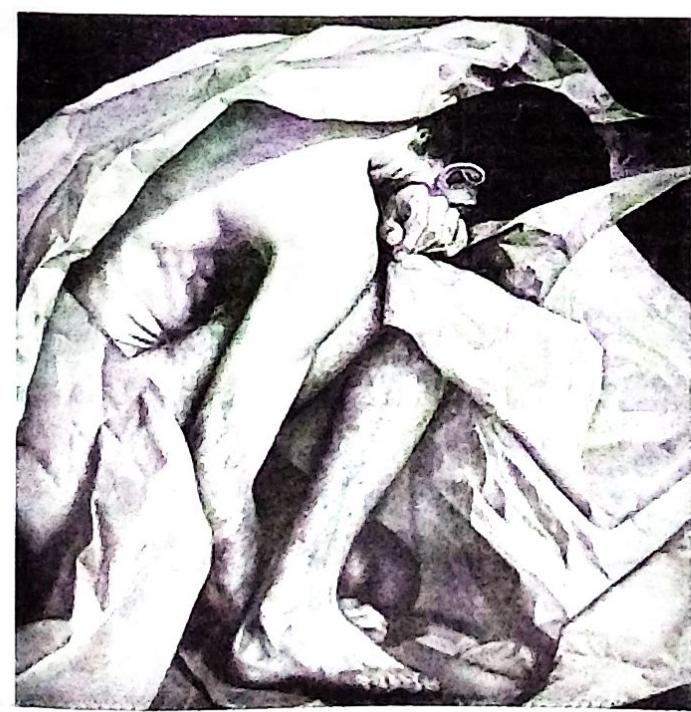
Y el hombre borra sus lágrimas con la Ley, inundándose de esperanza.

¡Lola y Luchita serán dos reinas!

Pero...

Pero él es una cifra del porcentaje. Y tal vez la pereza obre en su organismo como una fatalidad.

Sus ojos, de bucey anémico, se vuelven a llenar de lágrimas.





Paulo Henrique Britto

Paulo Henrique Britto. Río de Janeiro, Brasil, 1951. Poeta, profesor y traductor. Ha publicado los poemarios: *Liturgia de la materia* (1982), *Lírica mínima* (1989), *Trovar claro* (1997), *Macau* (2003), *Tarde* (2007), *Lo que quiero es botar mi bloque en la calle* (2009) y *Formas de la nada* (2012). En narrativa: *Parálos artificiales* (2004). Ha traducido más de un centenar de obras, entre ellas las de William Faulkner, Elizabeth Bishop, Byron, John Updike, Thomas Pynchon y Charles Dickens.

Biografía literaria - V

Cielo azul. Colores vivos. Tú riendo de algo o alguien que está a la izquierda del fotógrafo. Tal vez es domingo. Claro que esa sensación de pérdida no está en la foto, no –no está en la imagen extremamente, absurdamente nítida. ¿Y si fuese menor la claridad, o si estuviera desenfocada, o movida,

o si fuese en sepia, o en blanco y negro, quizás la foto no doliese tanto? Te ríes a carcajadas. Del motivo

ni te acuerdas. La foto es muy buena. En aquel entonces te refas sin más, acuédate. Aún estabas vivo.

Espiral

La noche es un murciélagos manso sobrevolando una ciudad casi adormecida, tomando cada calle, cada casa,

como un olor dulzón de fruta casi podrida que penetrase una casa, entrase en cada cuarto, en cada sala,

como olor tenue de cosa muerta que se diseminó hace bien poco por una ciudad casi aniquilada,

como una noche descendiendo sobre casas muertas, como una peste, como si nunca hubiese habido día.

La noche es un murciélagos muerto.

Siete sonetos simétricos - II

Tan limitado, estar ahora y aquí sin poder salir de dentro de sí

dentro de un espacio mínimo que a duras penas se consigue explorar, ese minúsculo imperio sin territorio, Macao

siempre a merced del latido de un músculo. ¿Lo amo o lo dejo? Sí: aunque amar por falta de opción (la otra es el asco). Que más allá de sus orillas hay un mar

hostil a toda nave exploratoria, inmune incluso al más osado Vasco. Porque ningún descubridor en la historia

(y alguien lo intentó?) jamás se desprendió del puerto húmedo e ínfimo del yo.

Víspera

En un bocata fútil la muerte aguarda. En la esquina oscuridad de la nevera duerme a pierna suelta, bañada en mostaza.

El tiempo es tarde. La casa sueña. La noche entera algo chirría sin parar –¿son grillos? La piña señorea en la frutería,

perfuma generosa, malgastando pinchitos.

La luna ficha al salir y se larga. Incluso se ennegrecen los ladrillos.

La nevera tiembla. Pero aún no es hora. Si hubiera un gato, éste sería pardo. La muerte se demora. El día tarda.

Siete estudios para la mano izquierda – I

Existe un rumbo que las palabras toman como si alguna mano las dibujase en la blanca expectativa del papel

y sin embargo siguiesen pura y simplemente la música de las cosas y los nombres el canto irrecusable de lo real.

Y en esa trayectoria inesperada la carne se hace verbo en cada esquina resuélvase completa en tinta y sflaba en súbitas bocanadas de sentido.

Tú asistes de lejos al espectáculo. No reconoces los fuegos de artificio, las notas que atraganan tus oídos. No obstante reles. Y dices: ¡Fijo!

Mínima poética - IV

No decirlo todo, que eso no se hace, ni nada, lo que sería imposible; decir solo todo lo que es sobrante para callar y menos que indecible. Decir solo lo que de no decirlo sería una especie de mentira: hablar, no por hablar, sino para vivir, hablar (o escribir) como quien respira. Decir tan solo lo que no repita la textura del mundo vaciado: sí, escribir, pero hacerlo con tinta; pintar, pero no como aquél que pinta de blanco el muro que ya fue encalado; sí, escribir, pero sin caligrafía.

Tres epifanías triviales – III

La costumbre de estar aquí ahora lentamente sustituye la compulsión de ser todo el rato alguien o algo.

Un bonito día –por algún motivo siempre hace buen tiempo en estos casos– abres la ventana, o abres un bote

de melocotón en almíbar, o incluso un libro que nunca será leído hasta el final y entonces la idea irrumpre, clara y nítida:

¿Es necesario? No. ¿Será posible?
De ningún modo. ¿Al menos da placer?
¿Será placer esa exigencia ciega

que late en la mente todo el rato?
¿Entonces por qué?
Y en ese exacto momento
por fin lo comprendes, y te repantigas

en la butaca, la más cómoda
de la casa, y piensas sin rencor:
Perdí el día, pero gané el mundo.

(Aunque sea tan solo treinta segundos.)

Gajes del oficio

Lo que se piensa no es lo que se canta. Es arduo sustentar un ruciocinio con rima atravesada en la garganta.

Ni tan siquiera el denudo sirve de nada: de la sensación a la idea hay un abismo, y lo que se piensa no es lo que se canta.

Es arduo, sí. Y es por ello que encanta. Hay que sentir –y de ahí el magnetismo– con la rima atravesada en la garganta.

Tan solo esto justifica tanta dedicación, tanto autodominio, si lo que se piensa no es lo que se canta,

hasta porque (constatación que espanta cualquier espíritu más apolíneo)
la rima atravesada en la garganta

es el estorbo que menos se agiganta
en este viaje nada rectilíneo,
a cuyo fin se piensa lo que se canta,
después que la rima atraviesa la garganta.



Diario de Manhattan

* Néstor Sánchez

DICIEMBRE

lunes 5. La elocuencia íntima sobradamente íntima de un año que termina en la viciñanza constante entre comprensión o penumbra. Aparecer en esta isla, recorrerla incluso en sus gangrenas, es como adjudicarle verosimilitud: a veces, sin embargo, se parece demasiado a una metáfora de toda humanidad que decue degradándose; otras, un museo perfecto de hasta el último pormenor de lo que no debe hacerse.

Comprar este cuaderno representó, en cierto modo, consentir necesidad de cauce, de punto de apoyo para alguna forma de preservación interior en principio no deducida. Por ahora ningún propósito concreto, salvo que escribiré en permanencia, por primera vez, con la mano izquierda.

miércoles 14. La caravana incesante de los puentes que colma cada mañana la ciudad; la caravana desvariada que la vacía cada tarde con dos luces de frente, hacia los relámpagos sonoros del televisor. Cinco días de flujo y reflujo multitudinario en cuatro ruedas, acaso con el único motivo no del todo explícito de consumir petróleo en gran escala. El planeta, fatalidad en sí mismo, requiere ser vaciado; a su edad, del líquido negro. Él está en otro argumento; papá y mamá por lo común también.

Y el sol una estrella, y doscientos cincuenta mil millones de estrellas (de soles) nadas más en esta galaxia; con el punto en la luna. Agregué la pierna izquierda; por ahora es la que sube y baja los cordones. ¿La atención tendería a circular en otra frecuencia?

domingo 25. Releí la nota del miércoles catorce y debo extremar cautela, no irme destrás de la reflexión contendora de grandes brújulas. Necesitaría, por contraste, agudizar rigor oponiéndome con más frecuencia a la queja. Bien pierna izquierda en cordones; ya puedo sumar (por el indicio repentino de antes de ayer) que el cuerpo sólo gira en la dirección de ese flanco.

Subrayé queja por tratarse de la vieja batalla a veces campal. Queja es negatividad que se obtura obviando, lo supe y me consta; es no admitirse inaccesible a las dificultades -por grandes que parezcan- del desconocido en lo desconocido. Queja, en el plano que sea, es despreciarse antes de aprender a renunciar. Y la renuncia más incómoda señala siempre confort, seguridad, autotranquilización. Queja es una mujer histórica, destemplada, estúpida, que toma el control para sólo consagrarse mensualidades, paseos vespertinos y estusias.

ENERO

martes 3. Chinos me hizo bien; al conjuro conquisté un sobretodo (habrá que resforzarle los botones, con la izquierda), y *A separate reality*. Don Juan Matus una presencia providencial; su guerrero impecable entre lo absolutamente mejor de este siglo. Otra vez la tentación en cuanto a la conducta iluminada en la marginalidad sin transigencia. En lo que concierne a toda la tarde de ayer leyéndolo de cara al Hudson, al solcito, nada más apropiado que lo impuesto por la memoria, en un entreacto: y respiré un poco del aire incorruptible. Por completo evidente, de todos modos, que él pierde el aliento (el aliento ya qui) sólo en los caminos que tienen corazón.

jueves 5. En especial para releerlo: no dejarse ganar por la eficacia inversa del es-



cabroso horario. Controlar en todo lo posible el escándalo de lo que insiste en describir, y padecer casi con saña los estímulos infames de todo orden. Dejar muchas veces en suspense la crueldad estabilizada de tantas cosas que ya no podrán ni siquiera atemperarse. Se es testigo desconcertado que debe, literalmente, curarse de espanto. Y no integra una justificación.

Por la noche. A partir de mañana evitar en permanencia el hábito de las manos en los bolsillos; sospecho que establece una especie de postura interior capacitada para convocar, incluso, ciertas actitudes mal conocidas. Casi dos maneras de estar y de aparecer, casi dos maneras opuestas de recibir impresiones. ¿Puede acaso concebirse una suma mayor de iniquidades que las brindadas a diario por el mascote de publicidad a ser digerido en cada metro cuadrado, con constancia ya disuadida, funestamente sojuzgada?

viernes 6. De modo que decía el pobre Cesare durante aquellos años del bochorno premonitorio: esta muerte que nos acompaña de la mañana a la noche, inquieta, insomne, como un viejo remordimiento a un vicio absurdo. Juan Matus comparece (mejor reclama): ten la muerte como consejera. El subrayado debe significar algo parecido a la gratitud. Casi veinte años, en mí, entre ambos. Y a esta altura de la circunstancia individual (lo pensé mucho anoche, con fidelidad recrudecida) un sinsín de sospechas ya atacadas de fuero íntimo, de muy difícil participación con nadie. Cuando escuché que había vías despujadas por entero de condescendencia, no se produjo el mismo tipo de abatimiento. Si peccado es no dar en el blanco, el miedo a este peccado superaría, casi, el de faltar para siempre jamás, para siempre jamás. El resto es energía transformándose, energía que se desconoce por entero y reimplanta el quid tumefacto:

¡Y si habría que merecerlo? Por supuesto, un

enorme cartel inmediato: no está prohibida la caza; está permitido cazar cazadores.

sábado 21. Hasta en los sitios casi en acceso, a cada instante, la circulación constante de los automóviles de la policía. Sacerdotes por lo general gigantescos, temibles, del dios dólar omnipresente mencionado en cada diálogo, en cada amago de diálogo. También custodian, según parece: tráfico de drogas, prostitución, travestismo profesional, ciertos robos, el crimen permanente, la impiedad. Conquisté un par de guantes de lana.

FEBRERO

martes 16. Ha mejorado bastante la caligrafía. Logré y leí de un tirón *Life is real only then, when I am*, tercero y último de la serie de George Ivanovich Gurdjieff (el otro que bien baña de este siglo). Libro diáfano y sobrecededor: parecería quedar pendiente, fuera de alcance, a partir de tres raros puntos suspensivos. Es oportunamente apropiado acordarse de que alguien no exento de derecho me dijo en cierta ocasión en París: Gurdjieff llevó a cabo un trabajo sobrehumano. Al influjo, recapitulando sus venidas a esta isla con una legión de personas a su cargo, volvió a especificarse su noción cuarto camino como la vía seca, la vía árida por excelencia. El bar donde escribió (y recibió interesados de todas partes del mundo), ya no está. Agregó por asociación: buscar certidumbre no quería decir que a la vuelta de la esquina se encuentra certidumbre. Gurdjieff sigue vinculado en permanencia a la obligación apremiante de enfrentarse con dificultades inmensas; pensando en él todo esfuerzo personal, por sincero que aparezca, no pasa de un juego complaciente.

Además, por si acaso, la belleza siempre contrastada de amante de la esencia, que sin duda requeriría subrayarse: cuando un hombre empieza a trabajar en sí mismo, todo le habla.

MARZO

domingo 14. Otra vez el favor subrepeticio de un cuaderno de notas: tres días con sus noches para revisarse, para criticarse antes de saber adónde da. Resulta incómodo escribir con este traqueteo. Puentes oscuros, siniestros, de la ponderada civilización industrial; y ya mucho más allá todas las luces de la probeta. El escarnio y las luces. *Unreal city*, exclamó el monje Eliot (¿o era Yeats?). Extenso trayecto hasta California y una nota pendiente sobre la naturaleza angélica. Debe ser que bajo en Los Ángeles. En algún momento cruzaremos el Mississippi. Vendrán zonas áridas con sombrerudos ríos, botas de tacón diagonal y patadas a las puertas (los boys de las vacas; el entretenimiento de los caballos), pero también se verán indios lánigos, repletos de silencio, perfectamente derrotados, como corresponde. En alguna medida este ómnibus célebre es el colectivo digamos ciento diez, de colores vivos, en tren de conducirme a la matinée del cine Veinticinco de Mayo.

El centro de gravedad futuro será, en las entrañas, admitir lo inadmisible, tanto en la nieve como en el mar, tanto en la comprensión como en la penumbra.

Cada instante perdido estaría perdido para siempre.

* Néstor Sánchez. Escritor y traductor argentino (1935-2003). De su libro de relatos: "La condición esmeralda"

HERENCIAS DE LA LITERATURA BOLIVIANA

Las instantáneas

Segunda y última parte

Para eso quizás es que uno viaje. No lo ignoro. Pero mientras reviso la primera tanda de fotos tomadas, al asalto quizás de lo impensable, especialmente la serie que me acomete desde hace años, con infusas más de colecciónista que de documentador, aunque algo de esto también pueda estarle gravitando el asunto, aparecen los detalles que "componen", en cada foto, algo, que en el instante de la supuesta captura imagética, haría al aura, esto es a los campos vibráticos que acompañan la dichosa, pero raras veces mentada experiencia intraimagen.

Y cuánto más si siendo también imagen la vida se propaga y se hace de imágenes inauditas: la pasión por los detalles en la arquitectura o en la intervención anónima del espacio urbano –el graffiti, el stencil, el trazo, el garabato por supuesto, la mueca del cartel arrancado o la mancha intencional sobre la imagen consagrada por los usos, sea cuales fueren, en tanto veros aceleradores, tanto de la experiencia visual como una intervención del senso-rio en relación, además, a modificaciones concretas del tiempo, a partir de su percatación, a la manera de una cata– que en las tomas del amateur extranjero quiere, de toda identidad asignada, busca producir un material plástico-plasmático para la transformación sensible del entendimiento. Como en el cultivo de una aljera agitación únicamente modificante al interior de un cuerpo que se concaviza y se abisala al unísono de su remolino sensorial, que incluye por supuesto a la percatación en su propio primer plano, aunque en exacta desmedida o contraescala, dentro de las posibilidades viajeras del más que preverbal ya-no-saber.

Ahora que miro estas fotos encuentro conscientes cosas que estaba viendo sin percatarme. Ahí se persigue una la cola de humo, se atisba el fantasma del propio doble, en la desaparición de la presencia en su nebulosa de fábulas bien reales, como transitar las calles de una ciudad cuya historia se agolpa a las puertas de la percepción. Es el sabor de la espiral.

La percepción inmediatamente posterior va borrando a la sucesivamente ulterior en un reverso anterior no menos calidoscópico, con momentos privilegiados por el encuentro, siempre alerta, desplazando el cuerpo-cámara ecoica. También: los rostros

infinitos de los amigos a la luz de las derivas en la conversación multicentradita, los inter-juegos del sonido de las voces, la voz humana, tan amada cuanto inhóspita, en ciertos espejos su laberinto de nosotros.

Quizás por esto o por nada la compul-sión afectiva de tales registros, velocidades que la desmemoria no logró retener, parte de *pharmakon* en la imagen retenido: pul-sación inevitablemente irrepetible, que toda experiencia es y nada más y ninguna otra cosa que experiencia, con todo el deshábito involucrador, todas y cada una de las palpitaciones, risas, sacudones, relámpagos del otro en la desaparición de cercanas y de opuestas lejanías, modestas presencias de paredes, muy fuertemente en Berlín, con

descuido –y es esto lo estrictamente necesario– un octubre cualquiera de un siglo cualquiera. Este mismísimo destiempo.

Por eso revuelvo las fotos. Noto cosas que veía, estaba viendo con el escocor, aho-ra veo, por haberlas sentido acechando, y todo ese amasijo postverbal constituyendo, "componiendo" la imagen, la cual salta a la vista sólo *a posteriori* cual pepa o semilla, no menos transmigrante, del fruto-foto. Se lo reconoce, como si pudiera interesar, después. Siempre después. Pero después que reactualiza, presentifica la representación, reabsorbe las energías renovadamente habilitadas en la desnuda emoción incalculable, a la que mantiene despertada el propio surgerse en lo que llamaría, entonces sí, con un

Momentos de y en apariencia separados del movimiento, pero gestantes a un tiempo de una circulación internalizadora que les irá a devolver movimiento, en nuevo andarivel, en alterna dimensión ahora al ahora librada, aun si pompa de jabón la circunstancia infinita de la imagen. Hilvanados se reconnectan a ojos vista los momentos, en destiempo sincrónico, por cierto ninguna cosa de otro mundo, gracias a la irresponsable vigilancia del fotógrafo amador, buscavidas en tanto pescador fortuito de relámpagos.

Ningún ensamble de tiempos se podrá planear. La constancia estará en los preparativos. Pasear podría seguir la pista de un continuo disponerse a fugas. Caminar por el propio ritmo quizás disponga a perder el susto con que inicia la cultura. A perder la previsión de los bordes identitarios y hasta la misma preparación, a medida en que el paso... Caminando nace el verso. Y en cuanto práctica, pasear andando no deja de ser transancestral. El supuesto azar colaborará en la colocación de algunos que otros signos sin alfabeto previo, como al seguirle hilo a esas cosas que llaman, repentina-sas ellas como la vida misma, la llamativa, mientras se mantenga prendida la atención.

En la baraja barata del juego de abalorios sensorial-memorísticos, puedo especular ton-tamente: quizás nunca hayamos estado en Berlín y las fotos del viaje atestigüen en definitiva los lugares vacíos de los supuestos nosotros. Quizás viajar y pasear sean variables en que, al jugarnos una estética gozosa de tiempos confluyentes, cultivamos, de forma especial, el precioso don de la atención.

El viaje proporciona un intervalo que nos pone entre paréntesis.

Por la encrucijada dimensional –adónde concurriría la escena fotografiada, qué habría en la foto que nos permite recorrerla y habitarla al mirarla– se desemboca, y a flor de piel ya es la vertiginosa experiencia de la foto o ninguna foto sino alterno mirar *por* la experiencia. Se juntan, eso sí, y en la instantánea se juntan la "contemplación" de ciertos momentos privilegiados y este remolino sensorial, que no ajusta necesariamente con mi persona o la comprensión de sus inten-ciones al tomar estas fotos y no otras.

Semoviente, irrepetible, la experiencia de ir sintiendo atraviesa y vincula tiempos de diversa consistencia. Las distintas reali-dades temporales que la foto-de-viaje capta precisamente sin capturarlas, son facetas posibles del instante.

tomado de: *Transtierros*



el expresionismo de esa sierpe inesperada y arbitraria del Muro –ingenuamente lo tra-zaba como una línea más o menos vertical, pero lo retorcido de su signo me ha devuelto mucha incógnita al respecto como para continuar, siempre dentro de lo posible, am-pillándola.

Las capas superpuestas de la historia, en una mezcla que iguala los tiempos a través de un enredamiento similar al de los tejidos vegetales y su entrelazar en ciertas entredaderas. Berlín quizás como posible vivero de velocidades. Sigo sin explicarme. Recorrer específicas calles de Berlín, descubrir las al-

toque de habitual impaciencia, y a falta de mejores términos a la mano, imagen.

Las cosas que estaba viendo en tal instante más allá que la foto, de pronto en el después, muestra inhollado, y fresco, ya con *frescura antigua*, pues no sabía que estaba viendo lo que veía, pero que luego, mucho más ciego que entonces, veo, si en principio veo que puedo ver, me percate que puedo, el sensitivo, pasar al destiempo de la imagen, pues la foto acá lo devuelve, en lo todavía nunca del acontecimiento, que siendo un *souvenir* ciertamente, es otra cosa y otra y otra primera vez primera.